

ca y verla, pero lo importante es que notas la presencia de Dios muy fuerte, y vuelves a casa como en una nube. Yo sigo igual, pero ha cambiado mi escala de valores. Dios ya tenía un lugar importante, pero a lo mejor tenía por delante otras cosas, y ahora he puesto a Dios lo primero, junto a mi familia”.

A Cristina la experiencia le ha servido “para darme cuenta de la importancia de la oración, y de que tengo que educar a mis hijos en la fe, poniendo más empeño”.

Para explicar Medjugorje a sus personas cercanas, dice que aquello “es un oasis en medio del desierto. Es muy difícil explicar lo que llevas dentro de ti, aunque la gente que me conoce se ha dado cuenta de que me ha pasado algo. Me lo dicen, que he vuelto distinta. Así que la gente, aunque no lo entienda, algo nota”.

Mariate Herrero. Trabaja en casa. 39 años. Casada y madre de un hijo: “Medjugorje es, por su espiritualidad, como el país de Dios”

“Cuando llegas allí y ves que todo el mundo está en constante oración, recuerdas de que en tu país no es así, que casi nadie habla con Él... eso me ha hecho ver Medjugorje como Su pequeño país. Es su sitio, donde todo el mundo se comunica con Él, vive con Él, brinda con Él, ora con Él y hace todo con Él”.

Mariate también cree que “lo de las apariciones no es lo importante. Lo alucinante de Medjugorje es la espiritualidad del pueblo, cómo vive la gente en permanente presencia de Dios. Eso me impresionó”.

En el plano personal, Mariate cuenta que tras el viaje “ha habido un cambio en mi día a día. Ayer, por ejemplo, se me caían los ojos de sueño, y estuve leyendo en la cama, algo que no he hecho en mi vida, un libro de oración. He cambiado mis prioridades, intento poner a Dios lo primero; me he cogido un folleto con las iglesias de mi barrio para aprenderme los horarios de misa”. Pero para ella, explicar Medjugorje resulta complicado: “Es una experiencia personal. Me siento incapaz de explicar Medjugorje. No hay palabras que definan aquello. Pero la gente te ve y nota una pequeña parte de lo que has vivido. Yo ahora rezo porque me lo pide el cuerpo, porque si no lo hago, me falta un trozo importante de mi vida”.

También le ha llamado la atención “lo natural que allí es todo lo referente a Dios, algo que no pasa aquí, que casi tienes que pedir perdón por hablar con Dios o de Dios. ¡Eso se ha acabado! Me ha servido

“Antes no sabía ni por quién rezar, y ahora me faltan manos”



Mariate y Cristina, de camino a Medjugorje.

para eso, y nunca antes había rezado tanto y por tanta gente. Antes no se me ocurría por quién rezar, y ahora me faltan manos”.

Sofía Landaluze. Trabaja en casa. 32 años. Casada y madre de tres hijos: “En Medjugorje encontré, sin buscarlo, la paz interior de saberme querida por Dios”

“Yo no fui a Medjugorje por la religión. Ni quería nada ni buscaba nada, y sin embargo, lo encontré, y me encanta compartirlo con todo el mundo, ha sido maravilloso”.

Sofía explica ese algo recordando un pesar que arrastraba desde hace años y que ha dejado en Medjugorje: “En mi vida hubo una experiencia muy difícil cuando era muy joven, y allí he aprendido que Dios, Jesús y la Virgen están ahí, y me dicen que me perdonan. He aprendido que aunque te equivocas, es bueno tener la capacidad de reconocer esos errores y ofrecérselos a Dios y a la Virgen, y decirles: “Lo siento, otra vez me he equivocado”, porque ellos te van decir: “Venga, no pasa nada, levántate”. Y de igual manera que tú tienes hijos y los perdonas, siendo nosotros diminutos a su lado, les perdonamos y les besamos cuando piden perdón y te llena de alegría esa reconciliación y ese abrazo, ¿cómo no lo van a hacer ellos, que son amor

“Las apariciones, cuando llegas allí, pasan a un segundo plano”

cosas de Dios que no doy abasto. Necesito tiempo para asimilar y ordenar este flujo de paz y de tranquilidad que tengo en el interior, y que son una experiencia nueva”.

Pero para Sofía no fue fácil al principio. Ella ha participado en un retiro espiritual dirigido por el padre Jozo, algo difícil en ocasiones: “Yo me consideraba una persona activa en lo que a oración se refiere, pero una vez que estás allí, al octavo rosario del día, me quería marchar. Estaba cansada y agobiada, las oraciones no se acababan nunca, y además las enseñanzas y las lecturas me quitaban tiempo para charlar con los demás. Me molestaba estar 830 horas del día rezando. Me preguntaba: “¿Por qué narices he venido aquí?”. Y de repente llego a Medjugorje, que supone que tienes que estar mejor, y yo estaba peor. Pero llega un momento en el que te encuentras con Jesús y con María, te rindes y te llenas de paz”.

Esa nueva experiencia de la paz de Dios ya se nota en su día a día: “Ayer mismo llegué de misa, y les solté a mi marido y a mi hijo mayor: “¿Rezamos el Rosario?”. Ellos se quedaron parados y mirándome con cara de susto. “¿Ahora?”, me preguntaron. “Sí”, les dije. Se sentaron uno a cada lado, y a medida que íbamos avanzando, se peleaban por dirigirlo. Eso no pasaba en mi casa. No daba crédito”.

Y también en los pequeños se hace notar la Gospa: “Les traje una pequeña imagen, y el pequeño, de año y medio, me pregunta: “¿La Virgen es una mamá?”, y le digo: “Sí”. Me impresiona que tan pequeños hablen de estas cosas”.

Para Sofía, ha habido una persona clave en su reconciliación: el padre Jozo: “Yo creo que va a ser santo. Es increíble la espiritualidad que tiene, que vive, y sobre todo, cómo la transmite. Toda su riqueza interior, que es enorme, la sabe exponer de una manera sencilla y simple. Tocó especialmente mi corazón, porque a través de él yo me comunicaba con Ellos, y a través de él encontré esa respuesta de Ellos que yo no buscaba, pero que encontré. Es un hombre excepcional”.

Quiere transmitir lo que se trajo de allí, “la paz interior, pero no sé cómo explicarlo”, y reconoce haber “alucinado con la paz interior que la gente de Medjugorje transmite sin ser curas ni ermitaños. Tienen como nosotros sus trabajos y sus familias, pero buscan el hueco para ir a la iglesia, para rezar. Es lo último que dejan de lado. Nosotros no sabemos compaginarlo, y ellos han aprendido”.

“He sentido que Jesús y María me perdonaban tras muchos años”



Sofía ha encontrado “paz interior”.